Capítulo 2 - Entra el Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 2 - Entra el Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 2 - Entra el Dragón - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Jarod reunió sus pensamientos con rapidez. "¡Magia defensiva, ahora!" ordenó con voz potente. "¡Con toda la que puedas reunir! ¡Toda!" Para crédito de sus tropas, lograron sacudir su miedo, y la magia empezó a brotar a su alrededor. Círculos luminosos de energía mística se formaron en el aire sobre ellos, mientras hechizo tras hechizo adquiría forma y doblegaba el mundo a su voluntad colectiva. Protege. Escudo. Defiende. Las palabras resonaron en su alma, y una chispa de esperanza despertó en su interior. Podían lograrlo. El dragón era enorme, pero solo un ser. Éramos cien de los mejores del reino. No todos eran magos profesionales, pero una buena cantidad podía manejar magia de tercer y cuarto orden. La suma de sus esfuerzos equivaldría aproximadamente a un hechizo de defensa de quinto orden, y uno de ese nivel sería suficiente para resistir una andanada de un mago asediador. Esto podía funcionar. Su magia defensiva los mantendría con vida, y el dragón se vería obligado a avanzar puesto que todos sabían que los dragones solo podían usar su ataque de aliento durante un tiempo limitado antes de tener que recargarlo. El dragón era gigante, pero eso también lo hacía lento y torpe. Si lograba esquivar cuando atacara, podría ganar, pues portaba un tesoro del reino: una espada de la Sexta Edad. Se decía que pertenecía a un noble de aquella era pasada, y el rey se la había entregado para mejorar su servicio al reino. Estaba imbuda de una magia que los magos y herreros del reino no podían replicar, y podía cortar incluso acero encantado con facilidad. Jarod la había probado contra las escamas del dragón que habían matado. Requirió esfuerzo, pero la hoja logró atravesarlas. "¡Ánimo!" exclamó Jarod, levantando la espada en alto. "¡Cuando el dragón se canse de intentar romper nuestras defensas, lo derrotaré!" Sus tropas gritaron de ánimo, y Jarod volvió a invocar la magia incorporada en la espada, sumándola a los hechizos defensivos que los protegían. La hoja brillaba con una luz azul inquietante, y la fuerza de los hechizos defensivos se triplicó. Con esto, su defensa podría incluso clasificarse como un hechizo de sexto orden. "¡Haz lo que quieras, dragón!" gritó. "¡Porque enfrentas a los mejores del reino!"

Doomwing observó el lamentable mejunje de hechizos defensivos que yacía bajo él y luchó contra la tentación de suspirar con resignación. ¿De verdad? ¿Iban a intentar detener su aliento de fuego con un montón de hechizos de tercer y cuarto orden? Eso, sinceramente, era insultante. Claro, juntos, todos los hechizos sumaban algo cercano a un hechizo de quinto orden, y esa varita que agitaba su líder los elevaba quizás a un sexto, pero eso era todo. Y ni siquiera era suficiente. Un hechizo de sexto orden era lo que sus padres usaban para despertarlo cuando era cría. Siempre le había gustado dormir sobre su tesoro, cuando era lo bastante pequeño para no aplastarlo con su peso. En lugar de perder el tiempo arrastrándolo, simplemente lanzaban uno o dos hechizos. No dolía mucho, pero era suficiente para despertarlo. A su madre le gustaba especialmente revertir la

gravedad, lo que lo hacía trepar para lanzar contra-magia antes de que su tesoro flotara lejos. Extrañaba a su madre y a su padre. Malditos tontos de la Primera Era. Él y su raza habían sido arrastrados a ese desastre, y pocos lograron sobrevivir. Al menos, ellos habían sido mejores que los Primeros Dioses. Los dragones fueron diezmados, pero ni uno solo de los Primeros Dioses llegó a la Segunda Era. Que se los lleve el viento, en su mayoría, aunque algunos sí merecían respeto y amistad. Ah, Dion... qué buen compañero de borracheras había sido, aunque los padres de Doomwing nunca lo apruebaran. Haberlos hecho estallar sería trivial, pero quería saber de qué eran capaces los habitantes de esta era. Los humanos parecen débiles y patéticos, pero conoció a muchos con capacidad de superar sus modestos orígenes. Algunos fueron enemigos suyos. Otros, aliados. Y unos pocos, amigos. Partía un pedazo de él sentirse feliz por que todos estaban muertos, porque si esa era la condición de la humanidad, habrían muerto de vergüenza una vez más. La llama en su boca se redujo a apenas una chispa, pero aún fue suficiente para iluminar el cielo nocturno. El rayo de fuego golpeó la matriz de hechizos defensivos, rompiéndola cual martillo rompiera un huevo. La explosión logró en segundos crear un cráter de un kilómetro y vaporizar toda materia orgánica y metal en su radio. Cuando el humo se disipó y la lluvia de piedra fundida cesó, solo quedó con vida el líder de los soldados. A diferencia de un crío, Doomwing podía controlar su fuego. Liberar a un solo ser era sencillo para alguien que había perfeccionado ese control a lo largo de milenios. El tonto miró la devastación y volvió a su espada. Era un mero adorno, un juguete ceremonial que un viejo amigo le regalaba a un noble que le había desobedecido, como una forma suave de recordarle que no debía ser idiota. Sin embargo, parecía que la gente de esta época había olvidado tanto que incluso los juguetes del pasado merecían respeto. Humanos. Tan rápidos en olvidar. Quizá él era demasiado duro. Un humano vive, en promedio, ochenta años. Mil no era nada comparado para ellos. Para él, milenios eran como años humanos. "Eso fue todo tu poder, ¿verdad, dragón?" La figura humana agitaba su juguete. "Puedes haber matado a mis tropas, pero te vengaré. Yo —" Doomwing rodó los ojos y cayó con un golpe. El humano apenas mantuvo el equilibrio, y se lanzó hacia él, tratando de reunir energías para una última y heroica defensa. La más mínima chispa de la magia de Doomwing rompió la espada y lo prendió en una especie de trampa. "La única razón por la que sigues vivo," murmuró Doomwing, "es porque quiero saber a quién sirves." El humano le devolvió la mirada, valiente o tal vez idiota. Probablemente ambos. "No te diré nada, dragón." "Me dirás todo." Los ojos de Doomwing se entrecerraron, concentrándose. No era tan diestro en magia de manipulación mental como sus viejos amigos. Podía ver en las mentes ajenas, incluso extraer información si resistían, pero su toque no era suave. Cuando penetraba en la mente de otros, especialmente si eran débiles como éste, la mayoría moría de forma horrenda. Este humano no sería la excepción. Al comenzar a escarbar en sus recuerdos, sangre comenzó a brotar de sus ojos, nariz y boca. Doomwing se rió. Ah, Marcus lo habría encontrado divertido. El viejo vampiro siempre había disfrutado de burlarse de la incapacidad de Doomwing para leer mentes sin destruir cerebros, más aún sabiendo que Marcus era mucho más hábil en ello. Bah, Marcus era vampiro, claro. Mejor en eso y en todo lo demás. Era parte de ser vampiro, junto con chupar sangre, ser melancólico y disfrutar de un estilo de vida Hedonista en cuero negro. "¡Gah!" Jarod empezó a gritar, y Doomwing lanzó una magia de silencio sobre él. Esos gritos agudos eran insoportables. Doomwing centró su atención en la información que extraía de la mente de Jarod. El hombre había sido un capitán de alto rango en las fuerzas del reino, con la confianza y favor del rey. Ese rey quería expandir su territorio tomando tierras de vecinos. El reino había logrado derrotar a un dragón hace tiempo, y el rey decidió que tomar algunas tierras de Doomwing era una opción viable. Tonto. El dragón que habían matado era un joven orgulloso, un reptil que solo pensaba en ampliar su hoard en lugar de perfeccionar su poder, su sabiduría y su astucia. Doomwing había conocido — y matado — a muchos idiotas así a lo largo

de los años. La mentalidad de ellos está equivocada. Tener un hoard no los hace poderosos ni dignos de respeto. No. La verdadera fuerza y dignidad procede de la capacidad de ser poderosos y respetados, y eso atrae un hoard digno. Tendría que enseñarles qué es en realidad un dragón, y también comprobar si los otros dragones de esta época eran tan patéticos. Si lo eran, quizás tendría que mantenerse despierto más tiempo, porque claramente algo había ido mal si un dragón de solo quinientos pies de largo se creía invencible. Aún así, no podía evitar irritarse por el nombre y el título que el rey reclamaba. Doomwing dejó de indagar en la mente de Jarod al ver cómo su boca se abría y cerraba. Impresionante. A pesar de que su cráneo sangraba, el hombre intentaba hablar. Podía ser un necio, pero esa determinación merecía respeto. Disipó la magia de silencio y le permitió pronunciar sus últimas palabras. "Tú..." Jarod mostró los dientes en un gruñido. "¡No tienes idea del destino que te espera, dragón! ¡El Alto Rey Elerión te matará él mismo! ¡Está destinado a gobernar este mundo! ¡Unirá nuevamente los reinos humanos y—" La chispa de irritación en Doomwing se convirtió en una hoguera. "¡Silencio!" tronó. "¡Tu rey no merece ni ese nombre ni ese título!" Las fauces del dragón se iluminaron otra vez en llamas. Recuerdos de un humano con ojos como el diamante y alma como el sol acudieron a su mente. "Conocí al último Alto Rey, y estuve presente cuando cayó Elerion el Valiente. Su armadura quedó hecha añicos, su espada bendita se rompió, y quedó lisiado y ciego. ¡Y aún así peleó, destrozando a los enemigos con sus manos desnudas y amontonando cadáveres hasta que tuvieron que trepar montañas de muertos para alcanzarlo! La Catástrofe de la Sexta Edad misma lo derrotó, y aun así, logró herirla antes de caer. ¡Tu rey no es más que un bandido alzado, y espero sinceramente que su linaje no tenga nada que ver con el de mi viejo amigo, porque la vergüenza lo perseguiría incluso en el más allá!" Doomwing respiró hondo, intentó calmarse y suspiró. La rabia lo había dominado, y sus palabras lo habían reducido a un simple pedazo de carne. "Olvídalo." Emitió un bajo gruñido. "Debo buscar a los otros pueblos y asegurarme de que no queden más soldados. Después... sí, ayudaré a que se recuperen. Luego, me ocuparé de ese rey farsante." Sus labios formaron una amplia sonrisa, muy ampla y con muchos dientes. "Hace tiempo que no arraso un reino. Será divertido, y quizás encuentren buen botín." Hizo una pausa. "Debería contactar a Marcus. Aún debe estar por aquí, a menos que ese tonto se haya matado en alguna afrenta. Sería como en los viejos tiempos."